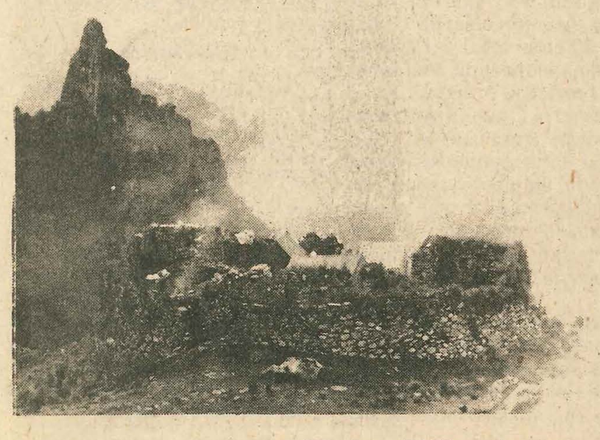
24 / Ago / 1980

Por tierra de los INCAS

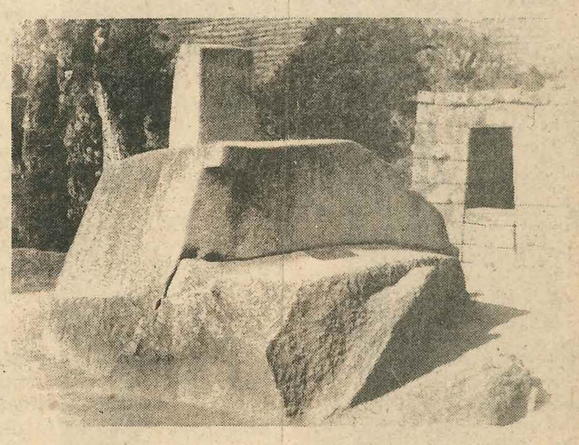
Una expedición de diez andinistas del Club Andino Mercedario, recorrió con cuatro jornadas de marcha, el tramo de la antigua ruta incaica que unía la fortaleza de Ollantaytambo con la mundialmente famosa ciudadela de Macchu Picchu, a través de ásperas y difíciles montañas. Días más tarde escaló el volcán Misti, frente a la ciudad de Arequipa, de 5.800 metros de altura, sobre cuyo cráter existen aún los restos apenas visibles de un antiguo adoratorio indígena.

Por Antonio Beorchia Nigris

Desde Inti Punco, la Puerta del Sol, se divisa a lo lejos la silueta de Wayna Picchu (centro de la foto segundo plano) y a sus pies las graderías y andenes de la ciudad incaica de Macchu Picchu.



Runcuracay, antigua posta incaica a 3750 m. de altura, en el camino del Inca que lleva a Macchu Picchu.



El Intiwatana, famosa piedra labrada en el Templo del Sol, en Macchu Picchu, donde los sacerdotes creían agarrar el Sol.

Ajawasi es en quechua "casa de la chicha". Pero más que casa, resultó ser un altillo rústico al cual se accedía por una crujiente y oscura escalera de madera. Una cocina en penumbra, con horno de bóveda y ollas negras de barro hirviendo sobre el fuego de leña, daba acceso al comedor en sí, alumbrado apenas por medio de una claraboya abierta en el techo. La nudosa tirantería la habían atado con tientos de cuero crudo a retorcidas cabriadas, y el todo estaba cubierto con varias capas de pasto hichu. Sobre el umbral de ingreso, una calavera de niño ubicada en un nicho y adornada con flores, aseguraba la prosperidad del ambiente, y ristras de ajos colgadas detrás de la puerta se encargaban de espantar los malos espíritus. Allá, en la pared del fondo, un Cristo crucificado, de barro, plasmado con tremenda y espasmódica expresión, miraba y callaba.

Había mesones de gruesas tablas, con gringos sentados, y se veín bonitas indias y mestizas ir y venir portando platos de la cocina tradicional peruana.

Los diez del Andino Mercedario nos acomodamos a la única mesa libre, y cada cual eligió su menú. Pero como los nombres de las distintas comidas venían en quechua, los pedidos hechos al azar resultaron una verdadera aventura gastronómica, más dramática que risueña. En efecto, a pedir "mote" nos trajeron maíz hervido en agua; la "uchuta" resultó ser una salsa verde explosiva, cuyo agradable olor y color inofensivo, nada tenían que ver con la maldad que encerraba en su esencia; nos trajeron también tamales, que son humitas mal paridas, y chicha de maíz en enormes vasos, resultando ser un líquido turbio, espumoso, agrio, espeso, que para tomarlo se necesitan un corazón de piedra y un olfato de indio. Finalmente pedimos la especialidad de la casa, es decir cuyes al horno, y nos los trajeron flacos y largos rebalsando el plato, con sus hocicos, sus dientes, sus patas y sus uñas, convenienemente adobados con unas hierbas diablas que poseían cualquier sabor, menos uno decente. Así fue como salimos de allí contentos y hambrientos y como, en adelante, preferimos pedir comidas menos exóticas pero más nutritivas.

Este episodio sucedió el día 19 de julio pasado, en la ciudad del Cuzco, primer día de nuestra permanencia en ese lugar y tercero de nuestra expedición.

Cuzco, ombligo del mundo

Nuestro hotel se encontraba a un tiro de piedra del Coricancha, el famoso templo incaico del Sol, centro espiritual del imperio, cuyos sillares de piedra estaban recubiertos con placas de oro antes de la conquista, hasta que Pizarro las despegó prolijamente para fundirlas en lingotes y dejarnos a nosotros las piedras desnudas, sin embargo hermosas en su severa simetría. Hoy, sobre esos antiguos muros, se levanta el convento de Sto. Domingo, construido en tiempos del mestizo Garcilaso de la Vega, y debes pagar diez dólares si quieres ver en que malas condiciones se encuentra.

Cuzco, el "ombligo del mundo", desde cuya plaza principal partían hacia los cuatro puntos cardinales los grandes caminos que llegaban hasta los confines del imperio, y que el gran Cieza de León comparó a la red caminera de la Roma de los Césares. Este Cuzco que teníamos delante, extraordinaria simbiosis de la sobria arquitectura incaica con el pesado y fastuoso estilo "crespo" cuzqueño o el alegre español-morisco, este Cuzco, digo, esta gran ciudad de tejas rojas y de calles estrechas, es hoy uno de los más pintorescos y hermosos lugares del mundo, donde no sabes si mirar primero al indio tradicional o al estrafalario gringo con su larga melena paya y su negro sombrero alón "Tupac Amaru" recién adquirido en el mercado local; no sabes si mirar la bonita "chola" de amplias polleras multicolores, o el harapiento mendigo carcomido por la lepra. Ciudad de contrastes, de sol luminoso, de grandes avenidas, de hoteles modernísimos, pero también de antiguos barrios; alegre y triste, hermosa y sucia, vibrante de vida y plagada de miserables: lo grandioso y lo abyecto tomados de la mano en indisoluble abrazo.

No hablaré del Cuzco más de lo que dije, porque otros eran los fines de nuestra expedición, y además porque podréis hallar noticias de él en libros y guías turísticas.

¿Porqué el Camino del Inca?

Todos admiraron alguna vez la clásica fotografía de la ciudadela incaica de Macchu Picchu con el cerro Huayna Picchu al fondo, y muchos son los sanjuaninos que la visitaron aprovechando uno de tantos contingentes turísticos que diariamente llegan allá. Yo hice igual hace tres años, pero quedé molesto y disconforme con el viaje, ya que me fastidió el haber seguido durante tres horas un guía parlanchín que nos disparaba a los oídos andanadas de noticias históricas, al montón de turistas que le seguíamos al trote.

!No, así no se puede apreciar gran cosa!

Había, pues, que VER otra vez Macchu Picchu, esto es, verle con calma, palpar sus piedras, redescubrirle, para sentir en nosotros la misma emoción que Hiram Bingham sintió en 1911 cuando lo dio a conocer a la ciencia y al mundo.

Entonces no quedaba otra alternativa que ir a Macchu Picchu a pie, siguiendo el antiguo Camino del Inca que unía esa ciudadela con el Cuzco, del cual se conserva casi intacto el último tramo de unos 40 kilómetros de largo.

Sin embargo, que nadie se engañe: hablar de 40 kilómetros es un modo de decir, un formulismo; hay que hablar aquí de días de marcha, que pueden ser tres o cinco, según si vas con tu mochila al hombro, cargado como un buey, con unos pocos dólares en el tirador, o si marchas como un bacán con 20 porteadores indios a tu servicio, que te transportan hasta la mesa para comer, y una empresa que te respalde y organice todas tus horas.

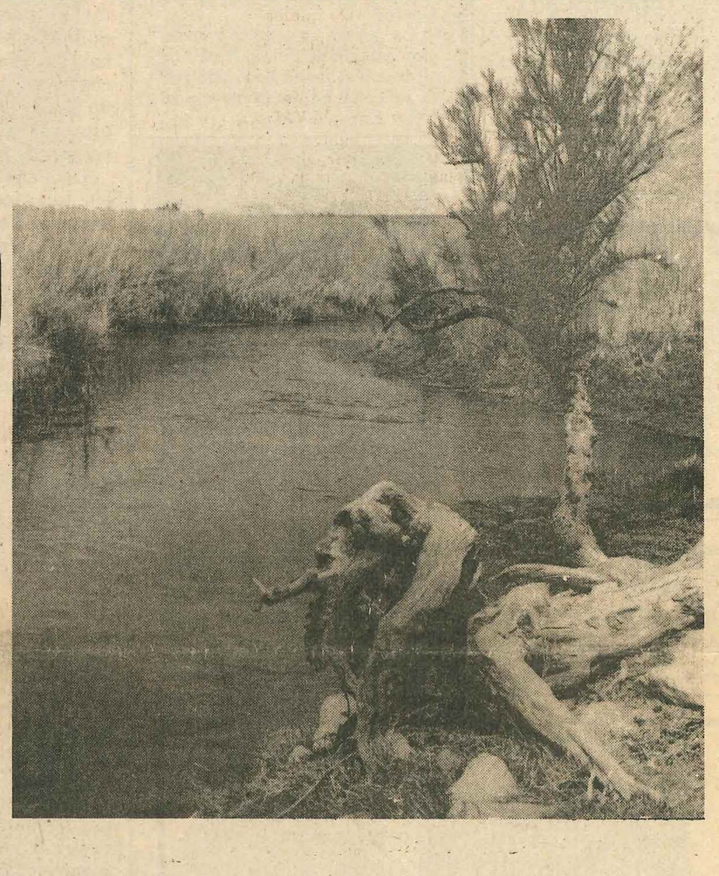
(Pasa a la página 2)

Parte de los montañeses del Andino Mercedario que vencieron al Misti de 5821 m. de altura: De izq. a der.: Adriana Saettone de Romito, Dr. Johan Reinhard, Ing. Luis Romito, Juan Pablo Oro, Alberto Graffigna y Belén Beretta.

Segunda Sección
DIARIO DE CUYO
San Juan, domingo 24 de agosto de 1980

EL OCASO DEL RIO

Por Juan de la Torre



Rodeamos un fuego en la montaña. La noche se escucha dentro de nosotros, con un eco envolvente de sombras despiertas. Las llamas respiran mansedumbres en un retablo de alas cambiantes.

Una voz nos dice: —El río Ampataco lleva en sus aguas un color intensamente verde. Nace en la pre-cordillera, al oeste de Niquivil, Jáchal. Tiene tres saltos de agua que levantan en cada cascada brumosas nubes de humedad, por donde se filtra el sol portando un arco iris.

El hondo rumor de la caída de los tres saltos, se escucha desde muy lejos, remansando dilatadas ondas con un clamor de abismos resonantes.

Es una corriente ágil la del río, descendiendo por una abrupta quebrada que se despeña. A la salida de unas pirámides de cumbres que atraviesan la montaña, entre ingentes zonas de arenales calcinados por el sol, cae el río en un ocaso, en medio de una batalla cruenta contra un rebaño de lomas y arenales. Allí se insume, sin tener resurrección en las arboledas y en las semillas.

El río, que muere, está imantado por el alma de una leyenda que le otorga esencias humanas al paisaje que lo circunda, muere joven el río; yace como una vena rota.

* *

Cuentan que en los tiempos de la colonia, había una anciana curandera, quien solía hablar con el humo y con los remolinos. Interpretaba con palabras agoreras, el rumbo de las aves y el paso quejumbroso de los vientos.

Aseguran las tradiciones que la vieja curandera recorría las montañas, buscando por su propio empeño yuyos y raíces para sus ritos de encantamiento. Hilaba oraciones oscuras con palabras ininteligibles, mientras sus manos lentas dibujaban en el aire una maraña de signos extraños, en medio de una respiración enrarecida que se empozaba dentro del rancho. Enroscaba sahumerios que salían luego de la vivienda envueltos en deshilachados espirales.

La vieja curandera india, narró una historia que escuchó en su niñez. Ocurrió cuando solamente los indios recorrían las quebradas que llegan a los valles. Los senderos sólo marcaban huellas de vicuña y de guanaco; rastros sigilosos que se llevaron los arenales que cruzan con los vientos; plenitud de un paisaje de cumbres desnudas, donde la soledad levantaba a la esfinge del tiempo.

Cuenta la tradición que llegó hasta nosotros a través de los primeros colonizadores que, en el lugar donde nace el río, en las proximidades de los tres saltos de agua, había una tribu que fue extendiendo sus flechas: cruzaban fronteras de otras regiones y volvían victoriosas izando trofeos y gritos de triunfo.

El jefe de la tribu era un joven recio, de alto pecho y brazos fuertes como los algarrobos; tenía semejanza con las piedras rocosas que lo rodeaban; sus ojos acerados de cumbres y de cóndores escrutaban constantemente los pasos montañosos que llegaban a sus tierras. Su mirada era dominante como el golpe de su lanza.

Era casi un adolescente con singulares atributos de guerrero intrépido y audaz; dueño de los campos que salían y entraban en sus valles y cadenas montañosas fronterizas con las tierras araucanas. Fue proclamado cacique a los pocos días de la muerte de su padre, un tosco patriarca que se había tornado manso después de dilatadas contiendas contra los pueblos que tenían su centro principal en Angualasto.

Fue en un amanecer: un silencio de nubes rojas envolvían al valle del río de las aguas verdes. Cada tanto llegaban, como si respiraran los caminos, cálidos bisbiseos de hojas que arrastraban una lentitud agobiante. Un viento lento gemía sin levantar polvaredas.

Nadie percibió ningún murmullo ni eco. El silencio rojo oscuro del amanecer, se reunía con los horizontes; música de una plegaria de luz que crecía. Los indios del cacique joven, dormían confiados. Esperaban una claridad mayor, para emprender sus cotidianas correrías de caza.

Súbitamente se oyó un grito que se clavó en el silencio, en medio de una lucha que abría grietas de sangre. Al adolescente cacique llamado Ampataco, se le vio correr de un extremo a otro de la contienda, sin alcanzar, como otras veces, proclamar la fuerza de su dominio. Con ráfagas de flechas y gritos ululantes, el ímpetu de los que llegaban fueron cerrando las tenazas de un inmenso caracol sangriento.

El cacique Ampataco lucha con feroz ahínco y al fin cae herido; las flechas lo buscan y se detiene clavadas en sus carnes temblorosas. Las ramas de una ráfaga levantó un tumulto de ecos, en un derrumbe de polvaredas.

En el lugar más correntoso del río, antes de llegar al primer salto, arrojan al cuerpo aún palpitante del cacique. Semisumergido gira en la correntada; su rostro asoma al aire y luego desaparece.

El golpe del cuerpo del guerrero resuena pesadamente al hundirse en los remansos de los tres saltos de agua. Luego vuelve el cielo a la corriente, que se aleja levantando laberintos de rumores en la distancia azul.

Torna el silencio al valle; una quietud de sombra, pasa dejando un perfil de nubes cambiantes que se reúnen con las almenas de los remolinos; pastores de las polvaredas que se deshilachan al dejar los senderos.

El río de aguas verdes, al igual que el cacique que le dio su nombre, desaparece en el ocaso de la batalla con los arenales. Una zona de grandes dunas y lomas de donde acecha la sed del viento.

* * *

Un aleteo tenue respira apenas en el fuego somnoliento. De la alegoría oscilante de las llamas, surge la voz que relató este cuento.

—Fue en un tiempo muy lejano —dice y añade—: —Cuando sólo los indios eran los dueños de las quebradas y las vertientes.

Es tan lejana la distancia de la edades que sólo los cuentos y las leyendas, pueden llegar hasta este sitio.

Las llamas se abrazan a los gruesos troncos de retamo, las sombras extienden su inmensidad sobre nuestras espaldas, la oscuridad crece y nos invade, las brasas mueren en el silencio de las cenizas.

Por tiérra de...

(Viene de la página 1)

También en este caso los diez del Andino Mercedario preferimos arreglárnoslas solos, por lo de que "buey sólo bien se lame", que para algo se inventaron los refranes... Pero volvamos a nuestra expedición.

Pisac y Ollantaytambo

Antes de iniciar nuestra marcha, convenía primero recorrer el mundialmente famoso valle sagrado de los incas, formado por el torrentoso río Urubamba, y visitar las muchas ruinas que aún quedan en ese valle. Alquilamos por consiguiente un "carro" para diez personas y viajamos a Pisac, donde por ser domingo, encontramos en la plaza del pueblo un bullicioso mercado indígena. Se trataba de uno de los mercados más pintorescos jamás vistos, un verdadero estallido de color y de folklore.

Decenas de banquillos exhibían artículos regionales, telas, cerámicas, hortalizas, comestibles, pescados fritos en hornillos cuyo combustible era el guano; también el suelo estaba cubierto de mercaderías en pequeños montones, con una india detrás, y hasta el centenario seibo o "pisonay", ubicado en una esquina de la plaza, lo habían forrado en mantas hasta tres metros de altura.

El indio ama los rojo, el azul, el amarillo, el morado. Colores que chocan con nuestro gusto, y que sin embargo allá alegran y embellecen el paisaje como ramilletes de flores. Indias acuclilladas, con distintos tocado según la zona de la cual provienen, te ofrecen los más extravagantes objetos, con un tono de voz mezcla de amor y de queja: "¡comprame papito... la vicuñita... unita nomás!". Voz suave que recuerda vagamente la queja triste de las recuas de llamas. Es la voz del viento y del desierto: poesía y tristeza. ¿Quién puede resistir?.

Compras, pues, un montón de objetos que no sabes ni para qué sirven ni qué harás con ellos, y te escurres contento entre ese colorido y bullicioso gentío.

Hay banquillos que venden únicamente cerámicas pornográficas, réplica de antiguos ceramios incaicos o chimú, pero reproducidos pensando en nuestra torpe mentalidad occidental. Porque el indio es muy buen comerciante y buen sicólogo.

La gringada deambulaba también con sus filmadoras y sus máquinas fotográficas y podría oír, junto al quechua, hablar alemán, holandés, inglés, italiano, francés y hasta japonés. Por otro lado, si presumes hallarte en un mercado autóctono cien por cien, te engañas, porque solo los indios y el pueblo son autóctonos, lo demás vienen de afuera. Telas, orfebrería, alfarería, son los mismos en todo el Perú, y también en Bolivia. Esos objetos deben fabricarse en algún gran establecimiento: si te descuidás se fabrican en Londres o en Buenos Aires... ¡Es un decir!, pero no he de estar muy lejos de la verdad.

Más tarde almorzamos en Urubamba y proseguimos luego hasta la gran fortaleza de Ollantaytambo, donde hicimos noche en un precario camping. Paso por alto la descripción de ese tambo-inca imperial. con sus terrazas, sus murallas, su magnífico templo del Sol, donde se admiran seis inmensos bloques de pórfido rojo de 4 metros de altura, formando un perfecto lienzo pétreo, para que podamos subir al tren local y bajar a la altura del kilómetro 88, con víveres y equipos suficientes para nuestra marcha.